

Elvira

Jep Trepap Vallés



Capítulo 1

CUARTO ESCALÓN. EL NEOPODER

SUPERVIVIENTE 15. CUMPLEAÑOS(Elvira)

Zacarias es su gato preferido, quedó cojo tras una pelea a muerte con un bulldog. Perdió su pata delantera, pero el perro, jamás volvió a salir del callejón. La duquesa, como llamamos a Mariana, la costurera del barrio, encontró al perro totalmente devorado por las ratas y otras alimañas en el callejón. La duquesa estuvo quince días despotricando contra el servicio de limpieza e higiene del Ayuntamiento. Además de cojo a Zacarias también le falta un ojo, tiene mala cara y peor pelo, en su conjunto es algo desagradable, como si las piezas no acabaran de encajar en su maltrecho cuerpo, tampoco le ayuda nada ese carácter tan huraño que tiene. Por todo eso, Zacarias siempre ha sido su gato preferido. Elvira lo observa desde su ventana, mientras el gato anda por el borde del tejado, saltando sin problema de un alero a otro, a pesar de su cojera. Cuando llega a un rincón caldeado por el sol, se sienta para lamerse la pata delantera.

A Elvira siempre le ha gustado mirar entre los visillos de su ventana. Lo hacía cuando era niña, curioseando los juegos de los demás niños sin que los otros la vieran, lo siguió haciendo de muchacha mirando a los hijos del vecino y de mayor, sigue viendo como la vida cambia a mucha velocidad mientras ella se marchita. A otras personas esa vida les hubiera amargado el carácter, pero a ella siempre le ha gustado la soledad del interior. Su casa es muy silenciosa gracias a los cristales dobles que le colocó el vecino, le gusta sentir, cuando entra en casa el duro contraste de su hogar con el bullicio de la calle. En su pequeño salón se encuentra a salvo del mundo exterior, es un refugio con todo cuanto necesita para sentirse cómoda, un sofá, una televisión apagada, una vitrina con cuatro libros, algunos recuerdos en las estanterías, y una ventana a la calle, todo ese conjunto es para Elvira un sinónimo de felicidad.

En los buenos tiempos, el contacto con el otro mundo, la calle, se reducía a dos cosas importantes y vitales en su vida, una de ellas era hacer la compra, la diaria compuesta de pan, fruta, verdura fresca, dos días en semana se acercaba a la pescadería para comprar algunos boquerones o sardinas y una vez al mes la compra en el colmado de la esquina para surtirse de legumbres y otras necesidades del hogar. La segunda razón para tener contacto con el mundo exterior, pero no por ello menos importante era y es dar de comer a los gatos y gorriones del barrio.

Todas las mañanas, tras la salida del sol en verano y hacia el mediodía en invierno, armada con dos bolsas de plástico, una llena de migitas de pan y

la otra con los restos de la comida del día anterior, Elvira salía de su refugio. Hacía un recorrido fijo por las tres manzanas de lo que ella considera su barriada, con cinco paradas reconocidas, el parque del pino, la esquina del perro, el cruce del Cano, el quiosco del araña y la bodeguita del Emilio. En todas las etapas esparcía un poco de comida sobre un papel de cocina, siempre rodeada de algún gato o de gorriones al acecho sobre los tejados o los tristes árboles del barrio. Al acabar, entraba en la panadería, se llevaba su pan y las sobras del día anterior, luego hacía la compra del día y de vuelta a los visillos de su ventana.

Desde que cayó la bomba y milagrosamente se salvó su calle y la de arriba, Elvira sigue asomándose a su ventana, con dos grandes diferencias sobre su vida anterior, ya no va a la compra y el silencio se ha apoderado de la antigua bulliciosa calle. Ya no hay tiendas, ni banco, ni los bares del principio de la calle, ni los gatos, los pocos sobrevivientes se los han comido. Tan solo algunos gorriones siguen animando la triste calle, impulsados por lo poco que Elvira les puede aportar. Ella los mira desde los visillos, como antes miraba a las personas, con la misma sonrisa ausente, tan solo cierra los visillos cuando oye a los guardias del neopoder asomando por la calle con el camión blindado, las armas cargadas y la desfachatez propia de quien está por encima del resto del mundo.

Hasta ahora no la han localizado, ha sabido mantenerse oculta en su casa, a salvo. Hace seis meses convocaron a todas las personas mayores de 70 años, en la casa de la cultura, por suerte tuvo la sensatez de no acudir. No la avisaron con una carta, ni tan siquiera con un mensaje de móvil, sencillamente clavaron carteles por todas las calles y doce veces al día pasaba un coche con megáfono, anunciándolo a todo volumen. Para Elvira eso fue una falta de respeto a su edad y condición, deberían haberla llamado por teléfono o citado debidamente con una carta certificada, por eso no acudió. Nunca más ha vuelto a saber de la madre del pescadero, ni de la estúpida de María y su insoportable verborrea, ni tampoco ha sabido de nadie del barrio que acudiera a esa cita, ni ella, ni los familiares de los viejos. A partir de entonces aprendió a no salir de casa antes de anochecer, ni después de amanecer, cambiando drásticamente la rutina de toda su vida.

Luego vinieron los monstruos, por los megáfonos informaron a la población, decían que eran inofensivos para quien no fuera un rebelde o un indocumentado, quien tuviera los controles sanitarios, mentales y físicos en regla, no tendría ningún problema. Elvira se preguntaba porque habían tantos rebeldes en su barrio, los monstruos siempre estaban despedazando a alguien o destruyendo alguna de las pocas casas que habían quedado en pie. Aún no comprende como hace un par de semanas la enorme Rata-sabueso no la olió, estaban a menos de dos metros, separadas por un simple tabique de ladrillo, pero la bestia maldita no lo echó abajo, no destruyó la pared para devorarla, ni tan siquiera

gruñó para que vinieran los guardias, sencillamente se fue. No le ocurrió lo mismo a Adelaida, su vecina, amiga y dueña del colmado, la rata-sabueso asaltó su casa y después de destruirla entera, salió con un frigorífico en la boca, los guardias se acercaron y al abrirlo, saltó la anciana intentando escapar a cuatro patas, los guardias la cogieron y se la llevaron. Adelaida había sido tan cuidadosa como Elvira, escondida en lo más profundo de su nutrida despensa, su única torpeza fue encender una luz y no apagarla cuando los soldados llenaron la calle, apareciendo como una bandada de cuervos sobre un campo de trigo en grano. Elvira si los vio llegar, cincuenta soldados armados hasta los dientes, cinco coches, cuatro furgones, un helicóptero y una enorme rata-sabueso, Elvira nunca pensó que hubiera tanta gente viva, aún recuerda como el susto recorría su cuerpo, llegando a meterse los escalofríos hasta en el cerebro, luego se acurrucó en el rincón más oscuro de su casa, para no salir en dos días. Desde entonces tiene más cuidado con el mundo exterior, los gorriones son su mejor alarma, cuando desaparecen volando en todas direcciones, ella también corre a su escondite preferido. Son animales muy inteligentes, saben que ella les da comida y los guardias les chorrean balas par ir haciendo prácticas.

Ha espaciado mucho sus salidas, ahora solo sale para rebuscar en las casas vecinas algún tipo de alimento o algo que pueda serle útil. Para no cruzar la calle se ha construido un camino alternativo a través de los patios comunicados, algunos no tenían vallas separatorias y otros una simple valla hecha de maderas encontradas, hierros o incluso algún somier, todo ello unido con cuerdas o alambres, fáciles de cortar con las herramientas adecuadas.

Elvira las tenía, su padre había sido el manitas del barrio, capaz de arreglar los antiguos televisores de válvulas o instalar la fontanería completa de un edificio, por eso en su casa tenía una variada colección de utensilios. Su padre además era una persona muy ordenada, colocó unos paneles de madera en las paredes del cuartillo, les clavó unos clavos y a su alrededor pintó las herramientas correspondientes. Elvira había sacado de su padre esa manía del orden, la única diferencia eran el lugar, en su caso, la cocina y las herramientas, ella usaba cacerolas y platos. Todo estaba perfectamente dispuesto en vitrinas y cajones, nada estaba fuera de sitio, ni un vaso, ni un bote, todo tenía su lugar y lo mantenía de por vida. Era su forma de proceder para todo, mantener una rutina diaria inquebrantable. Por eso cuando todo se echó a perder con los virus, las bombas, la guerra y ahora esos cuervos dispuestos a sacarte los ojos y la vida, su visión del mundo sufrió un choque sin precedentes. Sobre todo, cuando se dio cuenta de que la nueva sociedad no quería a los mayores, lo habían dejado bien claro. Lo que habían hecho con ellos, Elvira prefiere no pensarlo, en verdad prefiere no pensar en nada, tan solo en como combinar los pocos alimentos que tiene para hacer una comida resultona y seguir viviendo un día más. Antes de la bomba siempre estaba pensando en la muerte, no sabía si la deseaba o la rechazaba, dependía un poco de

la tristeza del día. En general le daba miedo, pero como a cualquier ser humano la contradicción era parte de su ser, por eso había días que no le temía en absoluto y estaba dispuesta a todo y otros días rehuía la idea y disfrutaba del vuelo de los gorriones y de seguir respirando.

Ahora tan solo le teme al día que se quede sin pimienta o sal, de momento eso no le falta, siempre ha sido muy previsora y en estas condiciones aún más. Pero de eso no se puede vivir, y esta mañana ha llegado a su límite, se ha levantado sabiendo que carecía de lo más importante para seguir llenando su estómago, su comida del mediodía. Hacía días que había comido las últimas judías, ayer se comió el último grano de arroz y apenas le quedaban en la reducida despensa, un puñado de fideos y un vaso de harina. Para cualquier otro día, hubiera podido apañar unas empanadillas de fideos, pero ese día había decidido comer bien, al fin y al cabo era su ochenta y nueve cumpleaños y se merecía algún regalo.

Cuando la vida era normal, cada año se compraba una lubina y unas almejas, con eso se daba un banquete digno de los mejores restaurantes. El año pasado aún pudo comprar unas sardinas y cuatro mejillones que se le indigestaron y a punto estuvo de ir a urgencias, por suerte tiene un cuerpo fuerte y un pánico incontrolable a los médicos. Tres días estuvo de ayuno y purgantes, luego recuperó su vida normal. Ahora se pregunta sobre esa palabra, ya no sabe lo que es normal, al menos sabe que la antigua normalidad se ha ido para no volver y la nueva es algo complicada. Piensa en los ahorros que tenía en el banco, los que habían quedado después de las crisis provocadas por el virus, o el "bichito" como ella lo llamaba, con ese dinero ahora podría arreglar el agujero en el techo y ahorrarse frío y lluvia. Ahora sin bancos, ni ahorros, no sabía como podría pagar la reparación.

Pero hoy no quiere pensar en ningún problema, hoy es su cumpleaños y tiene el menú bien pensado en su cabeza, ahora solo falta realizar los preparativos y conseguir el plato principal. Se pone en marcha. Coge cuatro fideos contados, los machaca en un pequeño mortero, pero sin hacerlos polvo, solo romperlos. Sale a su patio, cuidando mucho de no exponer su cuerpo al exterior, le teme a los drones que siempre están sobrevolando el barrio. Coloca los trozos de fideos sobre un trozo de papel y se sienta en la silla del porche a salvo de ojos vigilantes. Espera. Un par de gorriones se asoman por encima del limonero del vecino, son desconfiados pero han visto el alimento y conocen a la humana. Al final el hambre puede más que la prudencia y los gorriones vuelan hacia el porche. Todo ocurre a la vez, los gorriones se acercan al papel sin perder de vista a Elvira, una cesta cae desde el techo y los gorriones quedan atrapados.

Elvira solo ha tenido que soltar la cuerda que sujetaba la cesta.

Elvira sonríe, el primer paso del plan ha salido perfectamente. Con cuidado mete la mano por debajo de la cesta y captura a uno de los gorriones. Con él en la mano, va a la cocina y con unas tijeras le corta las alas, obviando los graznidos desesperados del pájaro. Le ata una cuerda a una pata y vuelve a sonreír satisfecha. Ahora necesita concentración para llevar a cabo la segunda parte de su plan. Al otro lado de la calle, Zacarias sigue relamiéndose sus partes pudendas. Al verlo, Elvira siempre siente algo especial, nunca ha sabido explicarse el cosquilleo que siente en sus genitales cuando ve un gato macho espatarrado, mostrando todo su cuerpo. Aparta la vista, eso siempre le hace perder la concentración y ahora no puede distraerse.

Con el pájaro bien agarrado en su mano derecha, ata el otro extremo de la cuerda a un palo largo. Ya tiene el cebo preparado. Hace días que ha estudiado todas las posibles posiciones y las consecuencias de cada una, disponiendo los elementos de su trampa en busca de la máxima eficiencia. En el suelo ha dibujado la posición correcta donde ha de colocar el otro extremo del palo. Con paciencia levanta el palo con el pájaro, asomando por el agujero abierto en el techo.

El animal intenta volar, pero no puede elevarse, le faltan alas y le sobran ataduras, se apoya en una teja para picotear la cuerda mientras aletea y pía desesperado. Elvira fija el palo a un soporte que ha colocado en el suelo y se sienta en la mecedora a esperar.

Puede oír el piar desesperado del pájaro, mientras ella se mece tranquila. Entretenida en sus pensamientos, oye el inconfundible caminar de la que ha de ser su presa. Es un andar sigiloso, sin roces, solo la presión justa sobre las tejas del tejado denota una presencia. En silencio se levanta de la mecedora, impidiendo el movimiento de inercia. Con su mano derecha coge un enorme cuchillo, con la izquierda agarra una cuerda. Sus músculos se tensan, sin darse cuenta aprieta con fuerza sus gastados dientes. Mantiene los ojos clavados en un punto fijo del techo.

El pájaro empieza a piar con la máxima desesperación, tirando de la cuerda y aleteando con fuerza sus alas inútiles. Una teja se ha movido, ha sido un deslizamiento corto, pero suficiente. La presa ha llegado a la trampa. Elvira tira con fuerza de la cuerda y el agujero del techo se agranda un metro más, al tiempo que una figura humana, con el rostro embargado por la sorpresa, cae también entre tejas y cascotes. En un par de segundos, son varios los sonidos que llenan el ambiente, roturas, crujidos y un sonoro lamento de dolor. Un hombre de unos veinte años está en el suelo, del estómago le sobresale una afilada gaveta, otra del pecho y otra más atravesándole la pierna. El joven mira el estropicio de su cuerpo sin creérselo, tan ensimismado está con su dolor que no puede ver como una abuela con cara de loca le rebana el cuello mientras sonríe

maliciosamente.

Hoy Elvira tendrá la comida que se merece por su cumpleaños, hígado a la parrilla, su plato preferido después de la lubina. Como cada día, Zacarías la acompañará en su banquete.